

## LA CRISIS DE FE

por Rudolf Bultmann

¿Qué es esta fe cristiana que está en crisis? ¿Qué es esa realidad supermundana que es el objeto de la fe cristiana? ¿Qué es Dios en el sentido cristiano?

Dios en el sentido cristiano no es nada más que lo que es para cualquiera fe en la cual la idea de Dios se trata seriamente. Pues, ¿qué se concibe por la idea de "Dios"?

Todo ser humano sabe o puede saber de su finitud, porque conciente o inconcientemente, está empujado en esta o aquella dirección por esta finitud, a través de toda su existencia. No es ni su propio maestro ni su propio creador. Nunca es perfecto pero está empujado en esta o aquella dirección por la **preocupación**, que le recuerda de su finitud y de su imperfección.

En primer lugar es la **preocupación diaria para el mañana**. El hombre está ocupado con la provision, el procurar y la preparación de los medios de vivir. Pero fundamentalmente él sabe que no puede asegurar ni la vida ni los medios de vivir. Todo el mundo comprende el cuento del hombre rico que pensaba llenar sus graneros con una cosecha abundante y entonces decirle a su alma: "Alma mía, tienes muchas cosas guardadas para muchos años; descansa, come, bebe, alégrate." Pero Dios le dijo: "Hombre necio, esta misma noche se requiere tu alma; y lo que tienes guardado ¿para quién será?" Todo el mundo puede ver que el rico era un necio.

Este poder misterioso—el poder que limita al hombre y es maestro de él aun cuando él cree ser su propio maestro—es Dios, el que controla el futuro del hombre.

U otra vez, por más que se libre uno de esta preocupación por las cosas de cada día o del mañana, uno rehusa ver en estas preocupaciones lo que le da a la vida su significado, pero va mas allá de esto. La vida está empujada en esta o aquella dirección por el **anhelo hacia lo verdadero y lo bello**, o aun simplemente por ese **anhelo indefinido** que se presenta en "lo profundo de la noche" y en la cual se hace evidente que

Cada placer se esfuerza  
por arraigarse en la eternidad.

Y todavía aun en todos los momentos grandiosos, no se le concede a la vida humana esta eternidad. ¿Conoce la vida de veras algunas horas en que podría decirle al momento—"Pero detente, porque eres tan hermoso"? Y aun si se hace—entonces el momento no se detiene. El hombre no tiene ningún poder sobre lo temporal y lo eterno. El poder que los controla, es Dios.

U otra vez, la vida es impulsada en esta dirección y aquella por el **deseo del amor** y por el sentimiento expresado en un poema de un hombre aterrado por el miedo a la muerte y que quisiera escaparse de ella;

"Lo único que da consuelo en este valle de lágrimas son los ojos—estrellas gemelas bendecidas en amistad, y en las sílabas de amor, expresadas por labios agradecidos."

Algunas vidas son pobres en amistad y en amor, y otras son ricas, pero aun la vida más rica se da cuenta de la soledad final, la cual tarde o temprano tiene que enfrentar. El poder que impulsa el hombre a esta soledad final es Dios.

U otra vez, la vida es motivada por el **deseo del saber**, pero hay que admitir, "Veo que no podemos saber nada." O quizás es el **impulso hacia la acción y el trabajo**. Eso en la actualidad es la manera en que Fausto al fin buscó llegar a ese momento en que pudiera decirle, "Pero detente porque eres tan hermoso." Pero detrás de todo Deseo, Culpabilidad, y Preocupación viene "la muerte." Cuando el ciego Fausto se alegra al oír el resueno de las palas no son las que van a terminar su trabajo, sino las que están cavando su sepultura; y es el momento de la felicidad sublime que es también el punto final. El poder que pone un punto final al saber y al hacer es Dios.

O finalmente, la existencia humana esta dominada por la **idea del deber**, por el conocimiento del principio que "tú puedes, porque tú debes." Pero uno está muy conciente que la vida de acuerdo con el "tú debes" es una lucha en la cual todo es asunto de controlarnos. Conoce la **voz de conciencia** que llama al deber y reclama contra el egoísmo en las cosas diarias, y pronuncia el veredicto "Culpable" por tiempo perdido y oportunidades perdidas, de pensamientos impuros y de acciones malas. El llamamiento del "tú debes" quitándole al hombre su auto-determinación, y los dictados de la conciencia indicándole al hombre lo pequeño, lo incompleto y lo malvado que él es, éstos son Dios.

Es Dios quien hace al hombre finito, y que hace una comedia de las preocupaciones del hombre, que le permite salir frustrado en sus deseos, que lo hunde en la soledad, que le pone un término a su saber y hacer, que lo llama al deber y que entrega el culpable al tormento. Y aún al mismo tiempo es Dios quien mete al hombre en la vida y lo impulsa a las preocupaciones; que le da pensamientos y fuerza para su trabajo, y que lo coloca en la lucha eterna entre al auto-asección y el deber. Dios es el poder enigmático más allá que el tiempo, pero maestro de lo temporal, más allá del ser, pero trabajando dentro de él.

## TU ERES ACEPTADO

por Pablo Tillich

“Mas la ley intervino para que abundase el pecado;  
pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.” Rom. 5:20

Estas palabras de Pablo dan un resumen de su experiencia apostólica, su mensaje religioso en total, y el entendimiento cristiano de la vida. Para discutir estas palabras, o usarlas como texto de varios sermones, siempre me ha parecido imposible. Nunca me he atrevido a usarlas antes. Pero algo me ha impulsado a considerarlas en estos últimos meses, un deseo de dar testimonio a los dos hechos que me han parecido, en horas retrospectivas, como los dos hechos que determinan todo en nuestra vida: La abundancia del pecado y la sobreabundancia de la gracia.

Hay pocas palabras más extrañas a la mayoría de nosotros que las palabras “pecado” y “gracia”. Son extrañas, precisamente porque son tan conocidas. A través de los siglos han recibido conotaciones torcidas, y han perdido tanto de su poder genuino que debemos preguntarnos seriamente si debemos usarlas o si debemos echarlas a un lado como herramientas inútiles. Pero hay un hecho misterioso de las grandes palabras de nuestra tradición religiosa: no se pueden substituir. Todo ensayo de hacer substituciones, incluso las que yo he tratado, no han logrado expresar la realidad de lo que se quería expresar; nos han llevado a una habladería superficial e impotente. No hay substituciones para palabras como “pecado” y “gracia”. Pero sí hay una manera de re—descubrir su significado, el mismo camino que nos conduce a lo profundo de nuestra existencia humana. En esa profundidad estas palabras fueron concebidas; y allí lograron su poder por todos los siglos; allí cada generación tiene que encontrarlas de nuevo, lo mismo que cada uno de nosotros para sí mismo. Por eso tratemos de penetrar a los niveles más profundos de nuestra vida, para ver si podemos descubrir allí las realidades de las cuales habla nuestro texto.

¿Los hombres de hoy día, todavía tendrán un sentir para el significado del pecado? ¿Comprenden ellos, y comprendemos nosotros, todavía que el pecado no significa un acto inmoral, que “pecado” nunca debe ser usado en el plural, y que no son nuestros pecados, sino que más bien nuestro pecado es el problema más grande, que penetra todo aspecto de nuestra vida? ¿Todavía sabemos que es orgulloso y erróneo dividir a los hombres llamando a algunos “pecadores” y a otros “justos”? Por tal división generalmente podemos descubrir que nosotros mismos no pertenecemos precisamente a los “pecadores”, ya que hemos evitado pecados graves, hemos hecho algún progreso en el control de este o aquel pecado, y hemos sido lo suficientemente humildes de no llamarnos “justos”. ¿Podemos darnos cuenta todavía que esta manera de pensar y sentir acerca del pecado está muy fuera de lo que la gran tradición religiosa, ambos dentro y fuera de la Biblia, ha querido decir cuando habla del pecado?

Me gustaría sugerirles a ustedes otra palabra, no como un substituto para la palabra “pecado”, pero como una clave útil en la interpretación de la palabra “pecado”: “separación”. La separación es un aspecto de la experiencia de todo el mundo. El pecado es separación. Estar en el estado de pecado es estar en el estado de la separación. Y la separación es triple: hay separación entre vidas individuales, separación de un hombre dentro de sí mismo, y separación de todos los hombres de la Raíz del ser. Esta triple separación constituye el estado de todo lo que existe: es un hecho universal; es el destino de toda vida. Y es nuestro destino humano en un sentido especial. Porque nosotros como hombres sabemos que estamos separados. No solo sufrimos con todas las otras criaturas a causa de las consecuencias auto-destructivas de nuestra separación, sino que también sabemos por qué sufrimos. Sabemos que estamos separados de algo al cual de veras pertenecemos, y con el cual deberíamos estar unidos. Sabemos que el destino de la separación no es solo un hecho natural como un rayo de un relámpago repentino, sino que es una experiencia en la cual participamos activamente, en la cual nuestra personalidad total está envuelta, y que, como destino, también es culpabilidad. La separación que es destino y culpabilidad constituye el significado de la palabra “pecado”. Es esto lo que es el estado de nuestra existencia entera, desde

el mismo principio hasta el último fin. Tal separación está preparada en el Vientre de la madre, y antes de ese tiempo, en cada generación antecedente. Se manifiesta en las acciones especiales de nuestra vida consciente. Llega más allá de nuestras sepulturas a todas las generaciones sucesivas. Es nuestra misma existencia. La existencia es separación. Antes de que el pecado sea un acto, es un estado.

Podemos decir las mismas cosas de la gracia. Porque el pecado y la gracia están ligados el uno al otro. No tenemos ni siquiera un conocimiento del pecado a menos que ya hayamos experimentado la unidad de la vida, que es la gracia. Y al contrario, no podríamos comprender el significado de la gracia sin haber experimentado la separación de la vida, que es el pecado. La gracia es tan difícil de describir como lo es el pecado. Para algunas personas, la gracia es la buena disposición de un rey y padre divino de perdonar una vez y otra las tonterías y las debilidades de sus sujetos y de sus hijos. Hemos de echar a un lado tal concepto de la gracia; pues es solamente la destrucción pueril de la dignidad humana. Para otros, la gracia es un poder mágico en los lugares oscuros del alma, pero un poder sin ningún sentido en la vida práctica, una idea inútil que pronto desaparece. Para otros, la gracia es la benevolencia que quizás encontramos junto a la crueldad y la destrucción en la vida. Pero entonces, no importa si decimos "la vida continúa", o si decimos "hay gracia en la vida"; si la gracia no significa más que esto, la palabra debe y ha de desaparecer. Para otra gente, la gracia indica los dones que uno ha recibido de la naturaleza o de la sociedad, y el poder de hacer cosas buenas con la ayuda de esos dones. Pero la gracia es más que los dones. En la gracia, algo se supera: la gracia ocurre "a pesar de" algo; la gracia ocurre a pesar de la separación y del extrañamiento. La gracia es la reunión de la vida con la vida, la reconciliación del yo consigo mismo. La gracia es la aceptación de lo que está rechazado. La gracia transforma el hado en un destino significativo; cambia la culpabilidad en confianza y valor. Hay algo triunfante en la palabra "gracia": a pesar de la abundancia del pecado, la gracia abunda mucho más.

Ahora miremos dentro de nosotros para descubrir allí la lucha entre la separación y la reunión entre el pecado y la gracia, en nuestra relación a otros, en nuestra relación a nosotros mismos, y en nuestra relación a la Raíz y a la meta de nuestro ser. Si nuestras almas responden a la descripción que pienso dar, las palabras como "pecado" y "separación", "gracia" y "reunión", pueden tener un nuevo sentido para nosotros. Pero las palabras en sí no son importantes. Es la respuesta en los niveles más profundos de nuestro ser que es lo importante. Si tal respuesta ocurriera entre nosotros en este momento, pudiéramos decir que hemos conocido la gracia.

¿Quién no se ha sentido, alguna vez, solo en el bullicio de una fiesta? El sentido de nuestra separación del resto de la vida es más agudo cuando estamos rodeados por la vida en el ruido y el hablar. Nos damos cuenta entonces mucho más que en momentos de soledad qué extraños somos los unos a los otros, que extrañada es la vida de la vida. Cada uno de nosotros se retira dentro de sí. No podemos penetrar el centro escondido de otro individuo; ni puede ese individuo pasar más allá del velo que cubre nuestro propio ser. Ni siquiera el amor más grande puede atravesar las paredes del "yo". ¿Quién no ha experimentado esa desilusión de todo gran amor? Si uno llegara a arrojar su ser en un rendimiento total de sí mismo, llegaría a ser un nada, sin forma ni fuerza, un ser sin ser, solo un objeto de desdén y de abuso. Nuestra generación sabe más que la generación de nuestros padres de la hostilidad escondida en lo profundo de nuestras almas. Hoy día sabemos mucho de la agresividad profusa en todo ser. Hoy día podemos confirmar lo que Emanuel Kant, el profeta de la razón y de la dignidad humana, fué lo suficientemente sincero en decir: hay algo en la desgracia de nuestros mejores amigos que no nos desagrada. ¿Quién entre nosotros es lo suficientemente insincero en negar que esto es también verdadero de sí mismo? ¿No estamos casi siempre dispuestos a maltratar a todos y todo, aunque muchas veces en una manera muy refinada, por el placer de exaltarnos a nosotros mismos, por una ocasión de jactarnos, por un momento de codicia? Saber que estamos dispuestos a hacerlo es conocer el sentido de codicia? Saber que estamos dispuestos a hacerlo es conocer el sentido de la vida separada de la vida y de "la abundancia del pecado".

La expresión más irrevocable de la vida separada de la vida hoy día es la actitud de grupos sociales los unos a los otros dentro de naciones, y la actitud de unas naciones hacia otras naciones. Las paredes de distancia, en tiempo y en espacio, han sido quitadas por el progreso técnico; pero las paredes de extrañamiento entre corazón y corazón han sido increíblemente fortalecidas. La locura de los nazis alemanes y la crueldad de un populacho de linchamiento en el sur de los E.E.U.U.

nos dan una excusa demasiado fácil para no pensar en nosotros mismos. Pero consideremos solamente a nosotros mismos y lo que sentimos, cuando leemos, esta mañana y esta noche, que en algunas secciones de Europa todos los niños de tres años para abajo están enfermos y muriéndose del frío y del hambre. La extrañeza de la vida separada de la vida es evidente en el hecho extraño que podemos saber todo esto, y todavía podemos vivir hoy, esta mañana, esta noche, como si fuéramos completamente ignorantes. Y me refiero a las personas más sensitivas entre nosotros. Tanto en la raza humana como en la naturaleza, la vida está separada de la vida. El extrañamiento prevalece entre todas las cosas que viven. El pecado abunda.

Es importante recordar que no estamos meramente separados los unos de los otros. Pues también estamos separados de nosotros mismos. El hombre contra sí mismo no es simplemente el título de un libro, sino más bien también indica el redescubrimiento de un conocimiento antiguo. El hombre está rajado dentro de sí mismo. La vida se mueve contra sí por medio de la agresión, el odio, y la desesperación. Solemos condenar el amor propio; pero lo que de veras queremos condenar es lo contrario al amor propio. Es esa mezcla de egoísmo y odio de sí mismo que nos persigue constantemente, que nos impide amar a otro, y que nos prohíbe rendirnos al amor con que somos eternamente amados. El que puede amarse a sí mismo puede amar a otros también; el que ha aprendido a vencer el desprecio de sí mismo ha vencido su desprecio de otros. Pero lo profundo de nuestra separación está en ese mismo hecho de que no somos capaces de un gran y misericordioso amor divino hacia nosotros mismos. Al contrario, dentro de cada uno de nosotros hay un instinto de destrucción propia, que es tan fuerte como nuestro instinto de propia conservación. En nuestra tendencia de violar y destruir a otros, hay una tendencia abierta y escondida de abusarnos y destruirnos a nosotros mismos. La crueldad hacia otros también es siempre crueldad hacia nosotros. Nada es más evidente que la división en nuestra vida inconsciente y nuestra personalidad consciente. Sin la ayuda de la psicología moderna, Pablo expresó esta verdad en sus famosas palabras, "Pues no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso es lo que hago." Y entonces continuó en palabras que bien pudieran ser el lema de toda psicología de fondo: "Y si lo que no quiero yo, eso es lo que hago, ya no soy yo el que lo hace, sino el pecado que habita en mí". El apóstol percibía una separación entre su voluntad consciente y su voluntad verdadera, entre sí mismo y algo extraño dentro y ajeno de sí mismo. El estaba separado de sí mismo; y esa separación él la llamaba "pecado". También la llamaba una extraña "ley en sus miembros," un impulso irresistible. ¡Cuántas veces cometemos ciertos actos en perfecto conocimiento, sin embargo con el sentido espantoso que estamos controlados por un poder ajeno! Esa es la experiencia de nosotros mismos separados de nosotros mismos, que es decir "pecado", aunque nos guste usar esa palabra o no.

Así, el estado de toda nuestra vida es extrañamiento de otros y de nosotros mismos, porque estamos separados de la Raíz de nuestro ser, porque estamos separados del origen y de la meta de nuestra vida. Y no sabemos de donde hemos venido, ni adonde vamos. Estamos separados del misterio de lo profundo, y de la grandeza de nuestra existencia. Oímos la voz de esa profundidad, pero nuestros oídos están tapados. Sentimos que algo radical, total, y sin condiciones nos es exigido; pero nos rebelamos contra ello, tratamos de escapar su urgencia, y no aceptaremos su promesa.

Sin embargo, no podemos escapar. Si ese algo es la Raíz de nuestro ser, estamos ligados a él por toda la eternidad. De la misma manera que estamos ligados a nosotros mismos y a toda otra vida. Siempre permanecemos en el poder de aquello a lo cual estamos extrañados. Ese hecho nos trae a la profundidad final del pecado: separado y aun ligado, extrañado y aun perteneciendo, destruido y aun conservado, el estado que se llama desesperación. La desesperación significa que no hay manera de escapar. La desesperación es "la enfermedad hasta la muerte". Pero lo terrible de la enfermedad de la desesperación es que no podemos ser aliviados, no aun por medio del suicidio abierto o escondido. Pues todos sabemos que estamos ligados eterna e inescapablemente al Fundamento de nuestro ser. El abismo de separación no siempre es visible. Pero ha llegado a ser más visible a nuestra generación que a las generaciones precedentes, a causa de nuestro sentir del "sin-sentido" de la vida, del vacío, de la duda, y del cinicismo—todas expresiones de la desesperación, de nuestra separación de las raíces y del sentido de nuestra vida. El pecado en su sentido más profundo, el pecado, bajo el aspecto de la desesperación, abunda entre nosotros.

"Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia", dice Pablo en la misma carta en que describe el poder inimaginable de separación y destrucción propia dentro de la sociedad y del alma individual. No dice estas palabras porque intereses sentimentales exigen un final feliz para todo lo trágico. El las dice porque describen la experiencia más dominante y determinativa de su vida. En la imagen

de Jesús como el Cristo, que se le apareció en el momento de su separación más aguda del resto de los hombres, de sí mismo y de Dios, se encontró aceptado a pesar de ser rechazado. Y cuando encontró que él estaba aceptado, él pudo aceptarse a sí mismo y de ser reconciliado a otros. En el momento en que la gracia golpeó como un relámpago y le anonadó, él fue unido de nuevo con aquello a lo cual él pertenecía, y de lo cual él estaba extrañado en extrañamiento total. ¿Sabemos lo que significa ser golpeado por la gracia? No significa que de repente creemos que Dios existe, o que Jesús es el Salvador, o que la Biblia contiene la verdad. Creer que algo es, es casi lo contrario al sentido de la gracia. Además, la gracia no significa sencillamente que estamos progresando en el imperio moral de nosotros mismos, en nuestra lucha contra faltas específicas, y en nuestras relaciones a otros y a la sociedad. El progreso moral puede ser el fruto de la gracia; pero no es la gracia en sí, y aun pudiera impedirnos de recibir la gracia. Pues demasiadas veces hay una aceptación "sin gracia" de las doctrinas cristianas y una lucha "sin gracia" contra las estructuras de maldad en nuestras personalidades. Tal relación "sin gracia" a Dios puede conducirnos por necesidad o al orgullo o a la desesperación. Sería mejor rechazar a Dios y al Cristo y a la Biblia que aceptarlas sin la gracia. Porque si aceptamos sin la gracia, lo hacemos en el estado de separación, y solo podemos lograr en profundizar la separación. No podemos transformar nuestras vidas, a menos que las permitamos ser transformadas por ese golpe de la gracia. Ocurre; o no ocurre. Y por cierto no ocurre si tratamos de forzarlo que venga a nosotros, lo mismo que nunca ocurrirá mientras pensemos, en nuestra complacencia de nosotros mismos, que no tenemos necesidad de la gracia. La gracia nos golpea cuando estamos en gran dolor e inquietud. Nos golpea cuando caminamos en medio del valle oscuro de una vida vacía y sin sentido. Nos golpea cuando sentimos que nuestra separación es más profunda que nunca, porque hemos violado otra vida, una vida que amábamos o de la cual estábamos extrañados. Nos golpea cuando nuestro disgusto de nuestro propio ser, nuestra indiferencia, nuestra debilidad, nuestra hostilidad, y nuestra falta de dirección y serenidad han llegado a ser intolerables para nosotros. Nos golpea cuando año tras año, la perfección de vida que tanto anhelamos no aparece, cuando los impulsos antiguos reinan dentro de nosotros después de décadas, cuando la desesperación destruye todo gozo y coraje. Algunas veces en ese momento un rayo de luz aparece en nuestra oscuridad, y es como si una voz nos dijera: "Tú eres aceptado, aceptado por lo que es más grande que tú, y cuyo nombre no sabes. No pidas por el nombre ahora; quizás lo encontrarás más tarde. No trates de hacer nada ahora; quizás más tarde harás mucho. No busques nada; no hagas nada; no intentes nada. Sencillamente acepta el hecho de que eres aceptado." Si eso nos ocurre a nosotros, experimentamos la gracia. Después de tal experiencia quizás no seamos mejores que antes, y quizás no creamos más que antes. Pero todo está transformado. En ese momento, la gracia vence el pecado, y la reconciliación tiende un puente sobre el abismo del extrañamiento. Y nada se exige de esta experiencia, ninguna presuposición religiosa ni moral ni intelectual, nada excepto la aceptación.

Bajo la luz de esta gracia percibimos el poder de la gracia en nuestra relación a los demás y a nosotros mismos. Experimentamos la gracia de poder mirar francamente en los ojos de otro, la gracia milagrosa de la vida unida de nuevo con la vida. Experimentamos la gracia de comprender las palabras de uno hacia el otro. Entendemos no solamente el sentido literal de las palabras, pero también lo que está detrás de ellas, aun cuando son duras y enojadas. Pues aun en este caso hay un anhelo de derribar las paredes de separación. Experimentamos la gracia de poder aceptar la vida de otro, aunque sea hostil o perjudicial a nosotros, porque, por medio de la gracia, sabemos que esa vida pertenece al mismo Fundamento al cual nosotros pertenecemos, y por el cual hemos sido aceptados. Experimentamos la gracia que puede vencer la separación trágica de hombre y mujer, de generaciones, de naciones, de razas, y aun el extrañamiento completo entre el hombre y la naturaleza. A veces la gracia en todas estas separaciones parece unirnos de nuevo con aquellos a quienes pertenecemos. Porque la vida pertenece a la vida.

Y en la luz de esta gracia percibimos el poder de la gracia en relación a nosotros mismos. Experimentamos momentos en que nos aceptamos a nosotros mismos, porque sentimos que hemos sido aceptados por aquello que es más grande que nosotros. ¡Si solo se nos concedieran más momentos como éstos! Pues son tales momentos los que nos hacen amar nuestra vida, los que nos hacen aceptarnos, no a causa de nuestra bondad y de nuestra complacencia de nosotros mismos, pero en la certeza del significado eterno de nuestra vida. No podemos forzarnos a aceptarnos a nosotros mismos. No podemos obligar a nadie de aceptarse a sí mismo. Pero a veces ocurre que recibimos el poder de decir "sí" a nosotros mismos, que la paz nos penetra y nos hace íntegros, que el odio de sí mismo y el desprecio de sí mismo desaparecen, y que nuestro ser se une de nuevo consigo mismo. Entonces podemos decir que la gracia ha venido a nosotros.

"El pecado" y "la gracia" son palabras extrañas; pero no son cosas extrañas. Las encontramos siempre que miramos dentro de nosotros con ojos penetrantes y corazones ansiosos. Determinan nuestra vida. Abundan dentro de nosotros y en la vida entera. ¡Que la gracia abunde más dentro de nosotros!

## LA LIBERTAD

por Dietrich Bonhoeffer

Por eso tenemos que concluir nuestro análisis de la estructura de la acción responsable hablando de la libertad.

La responsabilidad y la libertad son conceptos correspondientes. De hecho, aunque no cronológicamente, la responsabilidad presupone la libertad, y la libertad puede consistir sólo en la responsabilidad. La responsabilidad es la libertad de los hombres que es dada sólo en la obligación a Dios y a nuestro prójimo.

El hombre responsable actúa en la libertad de su propio ser, sin el apoyo de los hombres, las circunstancias o los principios, pero con una consideración debida para las condiciones dadas, humanas y generales y para los asuntos pertinentes de principio. La prueba de su libertad es el hecho que nada puede responder por él, nada puede exonerarlo, excepto su propio acto y su propio ser. Es él mismo el que tiene que observar, juzgar, balancear, decidir y actuar. Es el hombre mismo el que tiene que examinar los motivos, las perspectivas, el valor y el propósito de su acción. Pero ni la pureza de su motivación, ni las circunstancias oportunas, ni el valor, ni el propósito significativo de una empresa determinada puede llegar a ser la ley que rige su acción, una ley a la cual él puede retirarse, a la cual él puede apelar como una autoridad, y por la cual él puede ser disculpado y absuelto. Porque en ese caso realmente él ya no sería de veras libre. La acción del hombre responsable se ejerce en la obligación que sola da la libertad y que da la libertad entera, la obligación a Dios y a nuestro prójimo tal como nos confrontan en Jesucristo. Al mismo tiempo se ejerce completamente dentro del dominio de la relatividad, completamente en el crepúsculo que la situación histórica extiende sobre el bien y el mal; se ejerce en medio de innumerables perspectivas en que toda clase de fenómeno aparece. No tiene que decidir sencillamente entre lo correcto y lo incorrecto y entre el bien y el mal, pero entre lo correcto y lo correcto y entre lo incorrecto y lo incorrecto. Como Esquilo dijo, "lo correcto lucha con lo correcto." Precisamente en este respecto la acción responsable es un riesgo libre; no es justificada por cualquier ley; se ejerce sin ninguna reclamación a una propia justificación válida, y por consiguiente también sin ninguna reclamación a un conocimiento final y válido del bien y del mal. El bien, como lo que es responsable, se ejerce en la ignorancia del bien y en el abandono a Dios del acto que ha llegado a ser necesario y que es sin embargo, o por esa misma razón, libre; pues es Dios el que ve el corazón, que balancea el acto y que dirige el curso de la historia.

Con esto se nos revela el secreto profundo de la historia en general. El hombre que actúa en la libertad de su responsabilidad más propia es precisamente el hombre que ve su acción finalmente entregada a la dirección de Dios. El acto libre se conoce al final como el acto de Dios; la decisión se conoce como dirección; el riesgo libre se conoce como necesidad divina. Es en el abandono libre del conocimiento de su propio bien que un hombre ejerce el bien de Dios. Es solo bajo este último punto de vista que se puede hablar del bien en la acción, histórica. Tendremos que estudiar estas consideraciones otra vez más tarde al punto donde las hemos suspendido.

Antes que eso todavía tenemos que darle algún espacio a una cuestión decisiva que hace una contribución esencial a la clarificación de nuestro problema. ¿Cuál es la relación entre la responsabilidad libre y la obediencia? Debe parecer a primera vista como que si todo lo que hemos dicho de la responsabilidad libre se aplica sólo en práctica cuando un hombre se encuentra en lo que llamamos una "posición responsable" en la vida, en otras palabras, cuando tiene que hacer decisiones independientes en la escala más grande. ¿Qué conexión puede haber entre la responsabilidad y el trabajo monótono de cada día del aprendiz o del estudiante? Y es un asunto diferente con el propietario de hacienda, el contratista industrial, el político o el diplomático, el general, el maestro de obras, el profesor y el juez. Pero en la vida de ellos, también, cuánto hay de técnica y deber y qué poco de verdadera decisión libre. Y por consiguiente parece que todo lo que hemos dicho acerca de la responsabilidad puede aplicarse en últimos términos sólo a un pequeño grupo de hombres se debe de hablar no de responsabilidad sino de obediencia y de deber. Esto quiere decir una ética para los grandes y los fuertes, para los gobernantes, y otra para los pequeños y débiles, los sujetos; por una parte la responsabilidad y por otra parte la obediencia, por una parte la libertad y por otra parte la subordinación. Y claro está, no puede haber duda que en nuestro orden social de hoy día, y especialmente en el de Alemania, la vida del individuo

está tan exactamente definida y ordenada, y al mismo tiempo está asegurada con una seguridad tan completa, que a muy pocos hombres se les es concedido respirar el aire libre de los amplios espacios abiertos de grandes decisiones y de experimentar el riesgo de la acción responsable que sería completamente suya. A consecuencia de la reglamentación obligatoria de la vida que sigue un curso definido de entrenamiento y actividad profesional, nuestras vidas han llegado a estar relativamente libres de peligros éticos; el individuo que desde su niñez ha tenido que tomar su lugar asignado según este principio está éticamente castrado; le han robado de su poder moral y creativo, su libertad. De esta manera vemos una falta profunda que puede ser combatida solo con una exposición clara del concepto fundamental de la responsabilidad. Como están las cosas, el material experimental en grande escala para el problema de la responsabilidad tiene que buscarse entre los grandes líderes políticos, los industrialistas y los generales; porque verdaderamente aquellos cuantos otros que se atreven a actuar de su propia responsabilidad libre en medio de la presión de la vida diaria son triturados por la maquinaria del orden social, por la rutina general.

Sin embargo sería un error si continuáramos a mirar el problema bajo este punto de vista. De hecho, no hay ninguna vida que no puede experimentar la situación de responsabilidad; cada vida puede experimentar esta situación en su forma más característica, es decir, en el encuentro con otras personas. Aun cuando la responsabilidad libre es más o menos excluida de la vida profesional o pública de un hombre, sin embargo él siempre está en relación responsable a otras personas; estas relaciones se extienden de su familia a sus compañeros de trabajo. El cumplimiento de la responsabilidad genuina a este punto da la única posibilidad una vez más para penetrar la vida profesional y pública. Donde el hombre se encuentra con el hombre—y esto incluye los encuentros de la vida profesional—surge la responsabilidad genuina, y estas relaciones responsables no pueden ser reemplazadas por ningún reglamento ni rutina generales. Eso es verdad, entonces, no solo para las relaciones entre personas casadas, o para padres e hijos, sino también para el maestro de obras y el aprendiz, para el profesor y su alumno, para el juez y el acusado.

Pero podemos ir un paso más allá que esto. La responsabilidad no sólo está al lado con las relaciones. El aprendiz tiene un deber de obediencia hacia su patrón. Es lo mismo con el alumno y el estudiante, y aun también con el patrón. Es lo mismo con el alumno y el estudiante, y aun también con el patrón en cualquier clase de empresa industrial y con el soldado en guerra. La obediencia y la responsabilidad están ligadas entre sí de tal manera que no se puede decir que la responsabilidad comienza solo allí donde la obediencia termina, sino más bien que la obediencia se cumple en la responsabilidad. Siempre habrá una relación de obediencia y de dependencia; lo único que cuenta es que éstas deben dejar puesto para las responsabilidades. Reconocerse de ser responsable es más difícil para el hombre que esta dependiente socialmente que para el hombre que está libre socialmente, pero una relación de dependencia por lo menos no excluye en sí la responsabilidad libre. El patrón y el sirviente, mientras conservan las relaciones de obediencia, pueden y deben responder el uno por el otro en la responsabilidad libre.

La razón fundamental de esto está en la relación de los hombres a Dios que se realiza en Jesucristo. Jesús se encuentra frente a Dios como el que es tanto obediente como libre. Como el hombre, Él cumple la voluntad de su Padre en sumisión ciega a la ley que le es ordenada, y como el hombre libre Él consiente a la voluntad de Dios de su conocimiento más personal, con los ojos abiertos y con un corazón alegre; Él recrea esta voluntad, por decirlo así, de sí mismo. La obediencia sin la libertad es esclavitud; la libertad sin la obediencia es una voluntad propia arbitraria. La obediencia refrena la libertad; y la libertad ennoblece la obediencia. La obediencia liga la criatura al Creador, y la libertad le permite a la criatura de estar frente al Creador como el ser que está hecho a la imagen del Creador. La obediencia sigue ciegamente y la libertad tiene los ojos abiertos. La obediencia actúa sin hacer preguntas y la libertad pregunta cuál es el propósito. La obediencia tiene las manos atadas y la libertad es creativa. En la obediencia el hombre se une al decálogo y en la libertad el hombre crea nuevos decálogos (Lutero).

En la responsabilidad tanto la obediencia como la libertad se realizan. La responsabilidad denota la tensión entre la obediencia y la libertad. No hubiera más responsabilidad si cualquiera de los dos se hiciera independiente del otro. La acción responsable está sujeta a la obligación, y sin embargo es creativa. Hacer la obediencia independiente de la libertad conduce solo a la ética de Kant del deber, y hacer la libertad independiente de la obediencia conduce solo a la ética del genio irresponsable. Tanto el hombre de deber como el genio llevan su justificación dentro de ellos mismos. El hombre de responsabilidad se encuentra entre la obligación y la libertad; tiene que atreverse a actuar bajo obligación y en libertad; sin embargo encuentra su justificación ni en su obligación ni en su libertad, sino únicamente en Él quien lo ha puesto en esta situación (humanamente imposible) y que le exige este acto a él. El hombre responsable se entrega a sí mismo y su acto a Dios.

COMUNIDAD  
por  
Dietrich Bonhoeffer

COMUNIDAD  
por  
Dietrich Bonhoeffer

"'Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía'" (salmo 133.1). Contemplaremos a continuación algunas advertencias y reglas que nos da la Santa Escritura acerca de la vida en comunidad bajo la Palabra.

No es nada natural para el cristiano el poder vivir entre cristianos. Jesucristo vivía en medio de sus enemigos. Por último lo abandonaron todos sus discípulos. En la cruz estaba completamente solo, rodeado de malhechores y blasfemos. El había venido para traer la paz a los enemigos de Dios. Por esta razón tampoco el cristiano pertenece al retraimiento de la vida monástica sino que su lugar está en medio de sus enemigos. Es allí donde está su misión, su trabajo. "La soberanía estará en medio de sus enemigos. Aquel que no quiere sufrirlo no participará en la soberanía de Cristo sino que él deseará estar rodeado por amigos, en medio de rosas y lirios; no entre los malos, sino entre los piadosos. 'Ay de vosotros, blasfemos y traidores de Cristo' Si Cristo hubiera obrado como vosotros, ¿quién se hubiera salvado?" (Lutero).

"Bien que los esparciré entre los pueblos, aun en lejanos países se acordarán de mí" (Zacarías 10.9). Debido a la voluntad de Dios la cristiandad es un pueblo esparcido, desparramado como la simiente "por todos los reinos de la tierra" (Deut. 28:25). Esta es su maldición y su promesa. El pueblo de Dios quiere vivir en países lejanos, entre los infieles; pero será la simiente del Reino de Dios en el mundo entero.

"Yo los reuniré porque los he redimido"; "y volverán (Zac. 10.8,9). ¿Cuándo acontecerá esto? Ha acontecido en Jesucristo que murió "para congregarnos uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Juan 11.52), y finalmente hará visible al término del tiempo cuando los ángeles de Dios juntarán a los recogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro" (Apoc. 24:31). Hasta entonces el pueblo de Dios permanecerá disperso, ligado solamente por Jesucristo; unificado por el hecho de que, estando diseminado entre los infieles, en los países lejanos piense en El.

De este modo no es más que una anticipación de las cosas postreras--condición dada por la gracia--que los cristianos puedan vivir ya aquí en una comunidad visible con otros cristianos, en el tiempo comprendido entre la muerte de Cristo y el día del Juicio. Es la gracia de Dios la que permite que una comunidad pueda congregarse en este mundo y en forma visible alrededor de la Palabra de Dios y de los Sacramentos. Los prisioneros, los enfermos, los diseminados y apartados, los que proclaman el Evangelio en tierra pagana, están solos. Ellos saben que la comunidad visible es gracia. Ellos oran junto con el salmista: "...yo fui con la multitud, y la conduje hasta la casa de Dios, entre voces de alegría y de alabanza del pueblo en fiesta" (Salmo 42:4). Sin embargo, permanecemos solos en las tierras lejanas, simiente desparramada por voluntad de Dios. Mas cuanto les es negado como experiencia visible lo aprehenden con tanta mayor ansia en la fe. Es así como el discípulo desterrado del Señor, Juan el apocalíptico, celebra en la soledad de la isla Patmos "Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor (Apoc. 1:10) con sus iglesias. El ve los siete candeleros que son sus iglesias; las siete estrellas que son los ángeles de las iglesias; en medio y por encima de todo esto al Hijo del Hombre, Jesucristo, en toda su gloria de Resucitado. Este lo conforta y consuela mediante la Palabra. Es la comunión celestial en la que participa el desterrado en el día de la resurrección con su Señor.

La presencia corporal de otros cristianos representa para el creyente una fuente de alegría y de fortalecimiento incomparables. Con gran deseo, el Apóstol Pablo, en prisión, llama a "su amado hijo en la fe", Timoteo, en los últimos días de su vida a que lo visite en la prisión. Anhela volver a verlo y tenerlo consigo. No ha olvidado las lágrimas derramadas por Timoteo en la última despedida. (2 Tim. 1:4).

Pensando en la congregación de Tesalónica, Pablo ora "de noche y de día para que veamos vuestro rostro" (1 Tes. 3:10), y el anciano Juan sabe que el gozo que le deparan los suyos sólo será perfecto cuando él pueda ir hacia ellos y hablarles cara a cara en lugar de hacerlo por medio de papel y tinta (2 Juan 12). El creyente no se avergüenza de su anhelo de ver el rostro carnal de otros cristianos como si estuviera todavía demasiado "en la carne". El hombre fue creado como cuerpo; en el cuerpo se hizo presente el Hijo de Dios en la Tierra por nuestra causa; en el cuerpo fue resucitado; en el cuerpo, el creyente recibe a Cristo, el Señor, en el sacramento; y la resurrección de los muertos originará la comunión completa de las criaturas de Dios, hechas de cuerpo y espíritu. Por esta razón es a través de la presencia corporal del hermano como el creyente alaba al Creador, al Reconciliador y al Salvador, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. El prisionero, el enfermo, el cristiano diseminado, reconoce en la proximidad del hermano cristiano una señal corporal de gracia que atestigua la presencia del Dios Trino. Visitante y visitado reconocen dentro de la soledad mutuamente al Cristo presente en el cuerpo; mutuamente se reciben y se encuentran tal como se encuentra al Señor; con reverencia, con humildad y alegría. Uno acepta del otro la bendición como bendición del Señor Jesucristo. Ahora bien: si ya el mero encuentro del hermano con el hermano encierra tanto gozo... 'cuánta inagotable riqueza descubrirán aquellos que la voluntad de Dios considere dignos de convivir en diaria comunión de vida con otros cristianos! Desde luego existe el peligro de que aquello que para el solitario es gracia inefable de Dios, sea despreciado y pisoteado por el que recibe a diario este don. Con facilidad se olvida que la comunión de hermanos cristianos es un don de gracia proveniente del Reino de Dios; un don que cualquier día nos puede ser quitado, de modo que poco es el tiempo que pueda separarnos de la más profunda soledad. Por tanto, el que hasta esta hora haya podido llevar una vida cristiana en común con otros cristianos 'que alabe a Dios desde el fondo de su corazón, que dé gracias a Dios de rodillas y reconozca que es gracia, nada más que gracia, que hoy podamos vivir todavía en comunidad con hermanos cristianos!

La medida en que Dios concede el don de la comunión visible varía. Al cristiano que vive disperso lo consuela una visita breve del hermano cristiano, una oración en común y la bendición fraternal; y hasta le da fuerza la carta escrita por la mano de un cristiano. Seguramente era una señal de una comunión así el escrito por la propia mano de Pablo en sus cartas. A otros les es dada la comunión dominical del servicio divino. Aun otros pueden vivir una vida cristiana dentro de la comunidad de la familia. Los teólogos jóvenes reciben antes de su ordenación el regalo de una vida en común con sus hermanos por tiempo determinado. Entre los cristianos sinceros de la congregación se despierta hoy el deseo de reunirse con otros cristianos durante la pausa en que descansan de su trabajo, para una vida en común bajo la Palabra. Los cristianos de hoy vuelven a interpretar la vida en común como la gracia que es, como lo extraordinario, como "las rosas y los lirios" de la vida cristiana. (Lutero).

## través de Jesucristo y en Jesucristo

Comunión cristiana significa comunión a través de Jesucristo y en Jesucristo. No existe una comunión cristiana que sea más, ni ninguna que sea menos que ésta. Desde el encuentro breve, único, hasta la larga convivencia de muchos años, la comunión cristiana es sólo esto: nos pertenecemos unos a otros únicamente por medio de Jesucristo y en Él.

¿Qué significa esto? En primer lugar significa que un cristiano necesita al otro por causa de Cristo. Significa en segundo lugar que un cristiano puede llegarse al otro por medio de Jesucristo. Significa en tercer lugar que desde la eternidad somos elegidos en Jesucristo, aceptados en el tiempo, y unidos para la eternidad.

En primer lugar: cristiano es el hombre que ya no busca su felicidad, su salvación, su justicia en sí mismo, sino únicamente en Jesucristo. Sabe que la Palabra de Dios en Jesucristo lo condena aun cuando él no tenga conciencia de su culpa propia; y la Palabra de Dios en Jesucristo lo absuelve y lo justifica aun cuando no tenga conciencia alguna de una justicia propia. El Cristiano ya no vive por sí mismo; de su autoacusación y su autojustificación; sino por la acusación y la justificación de Dios. Vive enteramente de la Palabra de Dios que lo gobierna; en la sumisión fiel al juicio divino sin reparar en que éste lo declare culpable o justo. Muerte y vida del cristiano no están comprendidas en él mismo, sino que encuentra a ambas solamente en la Palabra que le llega desde afuera, en la Palabra de Dios dirigida a él. Los reformadores lo expresaron de esta manera: nuestra justicia es una "justicia extraña", una justicia que proviene de afuera (extra nos). Con ello dijeron que el cristiano necesita la Palabra de Dios que le es proclamada. Se vuelca hacia afuera, hacia la Palabra que viene en su encuentro. El cristiano vive íntegramente de la verdad encerrada en la Palabra de Dios, manifestada en Jesucristo. Cuando se le pregunta ¿dónde está tu salvación, tu bienaventuranza, tu justicia? nunca se podrá señalar a sí mismo sino que señalará la Palabra de Dios en Jesucristo que le adjudica salvación, bienaventuranza, justicia. Espera ansiosamente esta Palabra dondequiera pueda esperarla. Siempre de nuevo ansía escuchar la Palabra salvadora porque a diario siente sed y hambre por la justicia. Esta puede llegarle sólo desde afuera. En sí mismo es pobre, está muerto. El socorro habrá de llegarle desde afuera; y ha llegado y sigue llegándole a diario en la palabra acerca de Jesucristo que nos trae redención, justicia, inocencia y bienaventuranza. Pero esta Palabra ha sido puesta por Dios en boca de los hombres a fin de que sea transmitida entre los hombres. Allí donde hace impacto en alguno de ellos, éste la trasmite al otro. Dios ha querido que busquemos y hallemos Su Palabra viva en el testimonio del hermano, en labios del hombre. Es por esto que el cristiano necesita del cristiano que le diga la Palabra de Dios. Necesita de él siempre de nuevo cuando cae en la incertidumbre y la desesperanza; porque no puede ayudarse por su propia fuerza sin despojarse de la verdad. Necesita del hermano como portador y proclamador de la Palabra de la salvación divina. Necesita del hermano por la sola causa de Cristo. El Cristo en su propio corazón es más débil que el Cristo en la palabra del hermano; aquél es incierto; éste es cierto. Con ello se revela asimismo la meta de toda comunidad entre cristianos: ellos van al mutuo encuentro como portadores de la buena nueva. Como tales los reúne y les concede comunidad. Sólo en Jesucristo y en la "justicia extraña" se basa su comunidad. Por tanto debemos limitarnos a decir: sólo del mensaje bíblico y reformador de la justificación del hombre por la gracia nace la comunidad de los cristianos; sólo en él se fundamenta el deseo del cristiano por la compañía de otro cristiano.

En segundo lugar: únicamente por medio de Jesucristo un cristiano puede llegar al otro. Los hombres están divididos por la discordia. "El es nuestra paz" (Ef. 2:14), dice Pablo de Jesucristo, en el cual queda unida la vieja humanidad dividida. Sin Cristo hay discordia entre Dios y el hombre, y entre hombre y hombre. Cristo se convirtió en mediador e hizo la paz con Dios y entre los hombres. Sin Cristo no conoceríamos al hermano ni podríamos llegarnos a él. El camino está bloqueado por el propio yo. Cristo ha franqueado el camino que conduce hacia Dios y hacia el hermano. Ahora los cristianos pueden convivir en paz; pueden amarse y servirse los unos a los otros; pueden llegar a ser un solo cuerpo. Pero también en el futuro podrán hacerlo únicamente por medio de Jesucristo. Únicamente en Jesucristo somos un solo cuerpo; únicamente por medio de él estamos unidos. El sigue siendo el único Mediador por la eternidad.

En tercer lugar: cuando el Hijo de Dios se hizo carne aceptó real y corporalmente y por pura gracia nuestro ser, nuestra naturaleza; es decir, a nosotros mismos. Así lo quiso la voluntad eterna del Dios Trino. Ahora nosotros estamos en él. Donde él esté lleva nuestra carne, nos lleva a nosotros. Donde él esté, estamos también nosotros: en la encarnación, en la cruz y en su resurrección. Nosotros formamos parte de él por estar en él. Por esta razón la Escritura nos llama el Cuerpo de Cristo. Ahora bien: si antes de poder saberlo y quererlo estamos elegidos y aceptados en Jesucristo junto con toda la comunidad, también le pertenecemos todos juntos eternamente. Nosotros los que vivimos aquí en comunión en él, llegaremos también a vivir en comunión eterna con él. El que mira a su hermano ha de saber que estará eternamente unido con él en Jesucristo. La comunidad cristiana quiere decir: comunidad mediante Jesucristo y en él. En esta presuposición descansa todo cuanto contiene la Escritura en advertencias y reglas para la vida en común de los cristianos.

"Pero acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros... Pero os rogamos, hermanos, que abundéis en ello más y más." (1 Tes. 4:9,10). Dios mismo se ha encargado de enseñarnos en el amor fraternal; todo cuanto pueda ser agregado aquí por los hombres es el recuerdo de aquella instrucción divina y la amonestación de perseverar aún más en ella. Cuando Dios se hizo misericordioso revelándonos a Jesucristo como hermano; cuando nos ganó el corazón mediante su amor, comenzó también simultáneamente la instrucción en el amor fraternal. Habiéndose mostrado Dios misericordioso, hemos aprendido al mismo tiempo a ser misericordiosos con nuestros hermanos. Habiendo recibido el perdón en lugar del juicio, estábamos preparados para perdonar al hermano. Lo que Dios obrara en nosotros lo debíamos en consecuencia a nuestro hermano. Cuanto más habíamos recibido tanto más podíamos dar, y cuanto más pobre era nuestro amor fraternal tanto menos vivíamos---cosa evidente---de la misericordia y del amor divino. De este modo, Dios mismo nos enseña a encontrarnos los unos a los otros, tal como Dios nos encontrara en Cristo. "Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios" (Rom. 15:7).

Partiendo de ello aprende él que fue colocado por Dios en una vida en común con otros cristianos que es lo que significa el tener hermanos. "Hermanos en el Señor" llama Pablo a su congregación (Fil. 1:14). Sólo mediante Jesucristo es posible que uno sea hermano del otro. Yo soy hermano para el otro

racias a lo que Jesucristo hizo por mí y en mí; el otro se ha convertido en el hermano gracias a lo que Jesucristo hizo por él y en él. El hecho de que sólo por Cristo Jesús seamos hermanos, es de una trascendencia inconmensurable. Porque significa que el hermano con el cual me enfrento en la comunidad no es el otro ser grave, piadoso, que anhela hermandad; el hermano es aquél otro redimido por Cristo, absuelto de sus pecados, llamado a la fe y la vida eterna. Nuestra comunidad no es capaz de motivar qué es lo que uno es como cristiano en sí, en toda su profundidad interior y devoción; sino para nuestra hermandad resulta decisivo lo que uno es partiendo de Cristo. Nuestra comunión consiste exclusivamente en lo que Cristo ha obrado en ambos. Y esto no es solamente así al principio de modo que podría agregarse algo a esta nuestra comunión en el correr de los tiempos, sino que sigue siendo así en todos los tiempos venideros, para toda la eternidad. Estoy y estaré en comunidad con el otro únicamente por Jesucristo. Cuanto más auténtica y más profunda se haga, tanto más retrocederá todo lo que mediaba entre nosotros, con tanta más claridad y pureza vivirá entre nosotros sola y exclusivamente Jesucristo y su obra. Nos pertenecemos únicamente por medio de Cristo; pero por medio de Cristo nos poseemos también realmente los unos a los otros para toda la eternidad.

Todo ello desecha de antemano el turbio anhelo del "más". El que desea obtener más de lo que Cristo ha fundado entre nosotros, no anhela la hermandad cristiana sino que va en busca de cualquier experiencia extraordinaria de comunidad que le fue negada en otra parte; aporta deseos confusos e impuros a la hermandad cristiana. Es precisamente en este aspecto donde la hermandad cristiana se ve amenazada --casi siempre ya desde sus principios mismos--por el más grave peligro, por el envenenamiento más íntimo, a saber: por la confusión de hermandad cristiana con el ideal de comunión piadosa; por la amalgama del deseo natural del corazón religioso por la comunión con la realidad espiritual de la hermandad cristiana. Para la hermandad cristiana todo depende de que desde los principios se destaque con nitidez que: en primer lugar, la hermandad cristiana no es un ideal sino una realidad divina. En segundo lugar, la hermandad cristiana es una realidad pneumática y no una realidad psíquica.

o una idea sino una Realidad Divina

Innumerables veces, la comunidad cristiana se ha quebrantado por vivir de acuerdo con un ideal. Precisamente el cristiano serio que por vez primera se ve colocado dentro de una convivencia cristiana, traerá a la misma con frecuencia una imagen muy determinada de su modo de concebirla y hará cuanto esté en su poder para convertir esta imagen en realidad. Pero la gracia de Dios hace fracasar rápidamente todos los sueños de esa índole. La gran desilusión que nos depara el otro, los cristianos en general, y en el mejor de los casos, también nosotros mismos, no dejará de subyugarnos con tanta certeza como Dios quiere conducirnos hacia la auténtica comunidad cristiana. De pura gracia Dios o permite que vivamos --aunque fuera por pocas semanas---entregados a un sueño ideal; que nos entreguemos a esas experiencias embriagadoras y esa euforia que nos llena de gozo y éxtasis. Sólo aquella comunidad que atraviesa la gran desilusión con todos sus aspectos desagradables y malos, comienza a ser lo que debe ser ante Dios, comienza a alcanzar la promesa en la fe que le fuera dada.

Cuanto antes llegue esta hora de desilusión para el individuo y la comunidad, tanto mejor para ambos. Pero una comunidad que no aguantaría y no sobreviviría una desilusión semejante, es decir, que se aferra a su ideal cuando éste está por ser destruido, pierde en esa misma hora la promesa de una comunidad cristiana permanente y está destinada a ser quebrantada tarde o temprano. Todo ideal humano que es introducido en la comunidad cristiana obstaculiza la comunidad auténtica y debe ser destruido a fin de que la comunidad auténtica pueda vivir. Aquel que ama más su sueño de una comunidad cristiana que a la comunidad cristiana misma, se convierte en destructor de toda comunidad cristiana, por más honestas, serias y abnegadas que sean sus intenciones personales.

Dios odia los ensueños; porque nos hacen orgullosos y pretensiosos. El que se contruye la quimera de una comunidad ideal exige a Dios, al prójimo y a sí mismo su realización. Entra en la comunidad de los cristianos con pretensiones de exigir, establece su propia ley y juzga por ella a los hermanos y a Dios mismo. Se yergue con dureza y como un reproche vivo para todos los demás dentro del círculo de los hermanos. Se conduce como si le incumbiera a él crear una sociedad cristiana que antes no existía; como si su imagen ideal tuviera la misión de unir a los hombres. Todo cuanto ocurra contrario a su voluntad, lo llama fracaso. Allí donde su imagen queda destruida ve quebrantarse la comunidad. De ese modo se convierte en acusador de sus hermanos; después en acusador de Dios, y finalmente en desesperado acusador de sí mismo. Pero en vista de que Dios ya ha colocado el fundamento único de nuestra comunidad; en vista de que Dios mucho antes de que entráramos en la vida en común con otros cristianos, nos ha fusionado en un solo cuerpo en Jesucristo, no entramos en la vida común con otros cristianos con derecho a exigir, sino como los que dan gracias, los que reciben. Damos gracias a Dios por lo que El ha obrado en nosotros. Damos gracias a Dios por darnos hermanos que viven bajo Su llamado, bajo Su perdón, bajo Su promesa. No nos quejamos por lo que Dios no nos da sino que damos gracias a Dios por lo que nos da a diario. Y ¿acaso no nos basta con lo que nos es dado: hermanos que morirán con nosotros en pecado y miseria bajo la bendición de Su gracia? ¿Acaso el don de Dios que se nos brinda en cualquier día, aun en los días difíciles, llenos de desventuras, es menos que este algo inconmensurablemente grande? ¿Acaso no sigue siendo hermano aquel que peca hasta allí donde pecado e incomprensión pesan sobre la vida en común; un hermano junto con el cual estoy colocado bajo la palabra de Cristo? ¿Y su pecado no me da siempre de nuevo motivo para dar gracias porque nos sea permitido vivir bajo el amor misericordioso de Dios en Jesucristo? ¿No es cierto que de este modo precisamente la hora de la gran desilusión cuya causa es el hermano, será incomparablemente saludable para mí por enseñarme en forma radical que ambos nunca podremos vivir de nuestras propias palabras y nuestros hechos sino tan sólo de la única palabra y el único hecho que nos une en realidad, a saber, del perdón de los pecados en Jesucristo? Allí donde se evaporan las brumas matinales de las quimeras, nace el radiante día de la comunidad cristiana.

Con los dones ocurre dentro de la comunidad cristiana lo mismo que con el resto de la vida cristiana. Sólo el que agradece lo pequeño recibe también lo grande. Impedimos que Dios nos conceda los grandes dones espirituales que nos ha reservado, porque no le damos gracias por los dones diarios. Opinamos que no debemos darnos por satisfechos con la pequeña medida de entendimiento espiritual, experiencia, amor, y que en cambio debemos buscar condiciosamente los dones grandes. Después nos quejamos de que nos falta esa gran certidumbre, esa rica experiencia que Dios otorgara a otros cristianos y creemos que son piadosas estas quejas. Oramos para que se nos den las cosas grandes y nos olvidamos de dar gracias por los pequeños dones ('y por cierto nada pequeños').

sonalidad del otro. Queda sometido, pero no vencido por la causa en sí. Esto se revela en el mismo instante en que se requiere un sacrificio por la causa independiente de la persona a la cual estoy atado, o que posiblemente habrá de llevarse a cabo en oposición a ella. Es aquí donde naufraga el animicamente convertido, con lo cual queda manifiesto que su conversión no fue originada por el Espíritu Santo sino por un hombre, y que por ello no tiene duración.

Del mismo modo existe un amor "ánimico" al prójimo. Es capaz de los sacrificios más inauditos; a menudo supera el legítimo amor en Cristo en cuanto a su entrega ardiente y éxitos visibles; habla el lenguaje cristiano con elocuencia avasalladora, vibrante. Sin embargo, es él al que se refiere el apóstol diciendo: "Y si no tengo amor (es decir el amor en Cristo) nada soy" (1 Cor.13:2). El amor anímico ama al otro por sí mismo; el amor espiritual ama al otro por Cristo. Es por esto que el amor anímico busca el contacto inmediato con el otro no lo ama dentro de su libertad sino por su condición de atado a ese amor; quiere ganarlo, conquistarlo con todos los medios; lo asedia al otro; intenta ser irresistible; quiere dominar. El amor anímico no tiene la verdad en mucha estima; la hace relativa por que nada, ni tampoco la verdad, debe interponerse entre él y la persona querida. El amor anímico desea al otro, su compañía, su amor correspondido; pero no se pone a su servicio. Todo lo contrario: lo desea aun allí donde aparenta servirle. En dos casos que sin embargo son una misma cosa, se revela la diferencia entre amor espiritual y amor anímico: el amor anímico no soporta la anulación de una comunidad que se ha convertido en mentira, a favor de la comunidad auténtica; y el amor anímico es incapaz de amar al enemigo, o sea, al que se le opone sería y obstinadamente. Ambas reacciones surgen de una misma fuente: por su esencia misma, el amor anímico es deseo, es decir, el deseo de lograr una comunidad anímica. Mientras encuentre medios para satisfacer este anhelo de cualquier manera, no lo abandonará ni por la verdad ni por el verdadero amor al otro. Allí donde ya no puede esperar satisfacción a su deseo, ha tocado a su fin, o sea, ha hallado el enemigo. Se trueca en odio, desprecio y calumnia

Es precisamente éste el momento en que comienza el amor espiritual. Es por esto que el amor anímico se convierte en odio personal allí donde se encuentra con el auténtico amor espiritual que no desea, sino sirve. El amor anímico se transforma a sí mismo en finalidad absoluta, en obra, en ídolo al que adora, al que se ve obligado a subordinarlo todo. Se dedica, se cultiva, se ama a sí mismo y a nada más en el mundo. El amor espiritual, en cambio, procede de Jesucristo; le sirve sólo a él; sabe que no tiene otro acceso inmediato al hombre. Cristo está entre el yo y el otro. Yo no sé de antemano, basándome en las nociones generales acerca del amor, nacidas de mi deseo anímico, qué significa el amor al otro--puesto que es posible que precisamente esto aparezca ante Cristo como odio y la peor forma de egoísmo--sino que sólo Cristo me dirá en su palabra lo que es el amor. Contra todas las propias opiniones y convicciones Jesucristo me dirá cuál es el aspecto que el amor al hermano tiene en realidad. Por esto el amor espiritual sólo está atado a la palabra de Jesucristo. Allí donde Cristo me ordena mantener comunión por causa del amor, allí la mantendré; allí donde su verdad me manda deshacer la comunidad por causa del amor, allí la desharé pese a todas las protestas de mi amor anímico. Dado que el amor espiritual no desea sino sirve, ama al enemigo como al hermano. Porque no hace del hermano ni del enemigo, sino de Cristo y su palabra. El amor anímico no puede comprender jamás al amor espiritual, pues el amor espiritual viene de arriba; es algo completamente extraño, nuevo, incomprensible para el amor anímico.

Puesto que Cristo está entre el yo y el otro no me es permitido anhelar una comunidad inmediata con este último. Así como Cristo sólo pudo hablar conmigo para ayudarme, así también el otro puede recibir ayuda únicamente de Cristo. Pero esto significa que debo liberar al otro de todas las tentativas de determinar, obligarlo, dominarlo con mi amor. Es dentro de su estar libre de mí como el otro desea ser amado como aquel que es, o sea aquél para quien Cristo se hizo hombre, murió y resucitó; para quien Cristo ganó el perdón del pecado y preparó una vida eterna. En vista de que hace mucho que Cristo obra de modo decisivo en mi hermano, antes de que yo pudiera comenzar a obrar, debo dejar a éste libre para Cristo; debe aparecérseme únicamente como aquel que ya es para Cristo. Este es el sentido de la afirmación que podemos encontrar al otro tan sólo por la mediación de Cristo. El amor anímico crea su propia imagen del otro, de lo que es y de lo que debe llegar a ser. Toma la vida del otro en sus propias manos. El amor espiritual reconoce la verdadera imagen del otro partiendo de Jesucristo; es la imagen que Jesucristo ha acuñado y quiere acuñar.

Por esto el amor espiritual probará su eficacia en encomendar al otro a Cristo en todo cuanto diga o haga. No tratará de lograr la conmoción anímica del otro mediante una influencia demasiado personal, inmediata; mediante la intromisión impura en la vida del otro; no se complacerá en un piadoso recalentamiento y emotividad anímica sino que se encontrará con el otro con la límpida Palabra de Dios y estará dispuesto a dejarlo largo tiempo a solas con esta Palabra; y a dejarlo de nuevo en libertad para que Cristo obre en él. Respetará los límites del otro establecidos por Cristo entre nosotros; y hallará comunidad plena con él en Cristo que es el único que nos une y ata. De esta manera hablará más con Cristo del hermano que con el hermano de Cristo. Sabe que el camino más próximo al otro conduce siempre a través de la oración dirigida a Cristo, y que el amor al otro está ligado enteramente a la verdad en Cristo. Este es el amor que hace decir a Juan, el discípulo: "No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad" (3 Juan 4).

El amor anímico vive del deseo indomado e indomable; el amor espiritual vive en la claridad del servicio ordenado por la verdad. El amor anímico produce esclavitud humana; atadura, aferramiento; el amor espiritual crea la liberación de los hermanos bajo la Palabra. El amor anímico cultiva flores artificiales de invernáculo; el amor espiritual crea frutos que maduran con toda salud bajo el cielo abierto de Dios, bajo lluvia, tormenta y sol, según el beneplácito divino.

Para toda convivencia cristiana es de vital importancia que se logre descubrir a tiempo la capacidad de distinguir entre el ideal humano y la realidad de Dios; entre comunidad espiritual y anímica. Para la comunidad cristiana es cuestión de vida o muerte el alcanzar, lo más pronto posible, un punto de vista sobrio a este respecto. En otros términos: una vida en común bajo la Palabra sólo se mantendrá sana allí donde no se manifiesta como movimiento, como orden como agrupación, como collegium pietatis, sino donde es comprendida como parte de la Una Sancta, la Iglesia Cristiana general; donde comparte la miseria, lucha y promesa de la Iglesia entera en forma activa y sufriente. Todo principio de selección y el apartamiento resultante que no son ocasionados de modo netamente objetivo por el trabajo común, por circunstancias de orden local o relaciones familiares, resulta sumamente peligroso para una comunidad cristiana. Por el conducto de la selección espiritual o religiosa, lo anímico vuelve a infiltrarse siempre de nuevo y priva a la comunidad de su fuerza espiritual y eficacia para la congregación; la empuja hacia el sectarismo. La exclusión del

débil e insignificante, del aparentemente inservible de una comunidad cristiana puede significar nada menos que la exclusión de Cristo que llama a la puerta en forma del hermano pobre. Esto nos debe inducir a proceder con sumo cuidado.

Un estudio poco minucioso podría conducirnos a opinar que la mezcla de ideal y realidad, de lo anímico y lo espiritual se impone allí donde una comunidad está poliestratificada, es decir, allí donde como en el matrimonio, en la familia, la amistad, lo anímico tiene ya de por sí una importancia central para la formación de la comunidad, y donde lo espiritual sólo se agrega a todo lo corporal-anímico. Puede suponerse que en consecuencia el peligro de una confusión y mezcla de esas dos esferas sólo existe en estas comunidades, mientras que es muy poco probable que se presente en una comunidad de índole puramente espiritual. Sin embargo, semejante pensamiento nos sumerge en un gran engaño. De acuerdo con toda experiencia y -cosa fácilmente aprehensible--ocurre precisamente lo contrario. Un matrimonio, una familia, una amistad conocen a la perfección los límites de las fuerzas que forman su comunidad; si su vínculo es sano sabe perfectamente dónde están los límites de lo anímico y dónde comienza lo espiritual. Sabe del contraste entre comunidad corporal-anímica y comunidad espiritual. Por el otro lado es cierto que precisamente allí donde se forma una comunidad de índole puramente espiritual, se da la inquietante proximidad del peligro de que todo lo anímico se introduzca y mezcle en esa comunidad. Una comunidad vital puramente espiritual no solamente es peligrosa sino también un fenómeno completamente anormal. Allí donde la comunidad espiritual no es penetrada por la comunidad corporal-familiar o por la comunidad vital puramente espiritual no solamente es peligrosa con todas sus exigencias al hombre activo, allí está indicada una vigilancia y medida especiales. Es por ello que--como la experiencia enseña--es precisamente en breves ratos de ocio donde se extiende con mayor facilidad el factor anímico. Nada resulta más fácil que el despertar la embriaguez de la comunidad en algunos pocos días de vida en común, y nada es más desastroso para la convivencia sana, sobria, fraternal, de todos los días.

Seguramente no exista el cristiano a quien Dios no conceda una vez en la vida la sublime experiencia de auténtica comunidad cristiana. Pero en este mundo, una experiencia semejante sigue siendo nada más que un misericordioso regalo suplementario más allá del pan diario de la vida cristiana en común. No tenemos derecho a tales experiencias, y no convivimos con otros cristianos por la causa de tales experiencias. Lo que nos mantiene unidos no es la experiencia de fraternidad cristiana sino la fe firme y segura en esta fraternidad. El hecho de que Dios haya obrado en todos nosotros y que quiere obrar en todos nosotros, es lo que asimos en la fe como el mayor regalo de Dios; es esto lo que nos llena de alegría y gozo, pero también nos prepara a renunciar a todas las experiencias cuando Dios no quiera otorgárnoslas. Estamos unidos en la fe, no en la experiencia

"!Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!" Esta es la alabanza bíblica de la vida en común bajo la Palabra. Pero en auténtica interpretación de la palabra "en armonía" bien podemos decir ahora: "cuando los hermanos viven juntos por medio de Cristo"; porque únicamente Jesucristo es nuestra armonía. "El es nuestra paz." Sólo gracias a él tenemos acceso los unos a los otros; la alegría de uno en el otro, y mutua comunidad.

## LA IGLESIA COMO PIONERO SOCIAL

por H. Ricardo Niebuhr

Por último, la responsabilidad de la Iglesia se tiene que describir como la del pionero. La Iglesia es esa parte de la comunidad humana que responde primero a Dios-en-Cristo y a Cristo-en-Dios. Es la parte sensitiva y respondiente en toda sociedad y en la humanidad en total. Es ese grupo que escucha la palabra de Dios, que ve los juicios de Dios, que tiene la visión de la resurrección. En sus relaciones con Dios es la parte exploradora de la sociedad que responde a Dios en nombre de la sociedad entera, algo por el estilo, se puede decir, como la ciencia es el explorador en responder al modelo o a la racionalidad en la experiencia y como artistas son los exploradores en responder a la belleza. Esta clase de responsabilidad puede ser ilustrada con referencia al pueblo hebreo y al resto profético. Los Israelitas, como los grandes profetas llegaron a ver, habrían sido escogidos por Dios para conducir todas las naciones hacia El. Era aquella parte de la raza humana que fué exploradora en comprender la vanidad de la adoración de ídolos y en obedecer la ley de amor fraterno. Por eso en ese pueblo todas las naciones eventualmente habrían de ser bendecidas. La idea de la responsabilidad representante es ilustrada particularmente por Jesucristo. Como se ha indicado muchas veces por la teología, desde el Nuevo Testamento en adelante, él es el primogénito de muchos hermanos no solo en la resurrección sino en la obediencia a Dios. Su obediencia fué un estilo de obediencia exploradora y representativa; él obedeció a favor de los hombres, y por consiguiente mostró lo que los hombres podrían hacer y a su vez hizo salir una respuesta divina hacia los hombres que él representaba. El percibió la misericordia divina y contó con ella como representante de los hombres y pionero para ellos.

Esta idea de ser pionero o de responsabilidad representativa ha sido oscurecida un poco durante los largos siglos de un énfasis excesivo de individualismo. Su expresión en los términos legales de la teología tradicional es extraña y muchas veces sin sentido al hombre moderno. Sin embargo con nuestro entendimiento de la manera en que la vida está envuelta con la vida, de la manera en que el individuo y la sociedad están ligados entre sí, de la manera en que grupos pequeños dentro de una nación actúan para todos, parece que nos tenemos que mover hacia un concepto similar al hebreo o medieval.

Este sentido representativo de la Iglesia es aquella parte de la sociedad humana, y aquel elemento en cada sociedad particular, que se mueve hacia Dios, que como el sacerdote actuando por todos los hombres lo adora, que cree y confía en El en nombre de todos, que es el primero en obedecerle cuando se da cuenta de un nuevo aspecto de Su voluntad. La sociedad humana en todas sus divisiones y aspectos no cree. Sus instituciones se basan en la falta de creencia, en la falta de confianza en el Señor de los cielos y de la tierra. Pero la Iglesia ha concebido la fé en Dios y se mueve en el espíritu de esa confianza como la parte llena de esperanza y obediente de la sociedad.

En la ética es la primera en arrepentirse por los pecados de una sociedad y se arrepiente en nombre de todos. Cuando se hace claro que la esclavitud es una transgresión del mandamiento divino, entonces la Iglesia se arrepiente, le da su espalda, la suprime dentro de sí. Hace esto, no como la santa comunidad separada del resto del mundo, sino como el pionero y el representante. Se arrepiente por el pecado de la sociedad entera y enseña el camino en el acto social del arrepentimiento. Cuando las instituciones de propiedad de la sociedad están sospechosas porque el sufrimiento inocente ilumina su antagonismo a la voluntad de Dios, entonces la Iglesia se compromete a cambiar su propio uso de estas instituciones y de conducir la sociedad en su reforma. También la Iglesia se hace pionero y representante de la sociedad en la práctica de igualdad ante Dios, en la reforma de instituciones de mando, en la aceptación de la responsabilidad mutua de individuos los unos por los otros.

En nuestros días, con sus revelaciones dramáticas de los males del nacionalismo, del racismo y del imperialismo económico, la responsabilidad evidente de la Iglesia es de repudiar estas actitudes dentro de sí y de actuar como el pionero de la sociedad haciendo esto. La proclamación apostólica de las noticias buenas y malas a las razas de color sin una repudiación de pionero de la discriminación racial en la Iglesia contiene una nota de insinceridad y de incredulidad. La denuncia profética del nacionalismo sin un rechazo firme del nacionalismo en la Iglesia es más que nada retórica. Como el grupo representativo y pionero de la humanidad de la Iglesia cumple su responsabilidad social cuando en su propia manera de pensar, en su organización y acción, ella funciona como la sociedad universal, sin división de raza, de clase o de intereses nacionales.

Esto parece ser la forma mayor de la responsabilidad social en la Iglesia. Es la manifestación directa del amor de Dios y del prójimo, en vez de la repetición del mandamiento a uno mismo y a otros. Es la manifestación radical de la fé. Donde esta responsabilidad se está ejerciendo ya no hay ninguna duda de la realidad de la Iglesia. En la acción pionera y representativa de la respuesta a Dios en Cristo la Iglesia invisible se hace visible y el hecho de Cristo se reduplica.